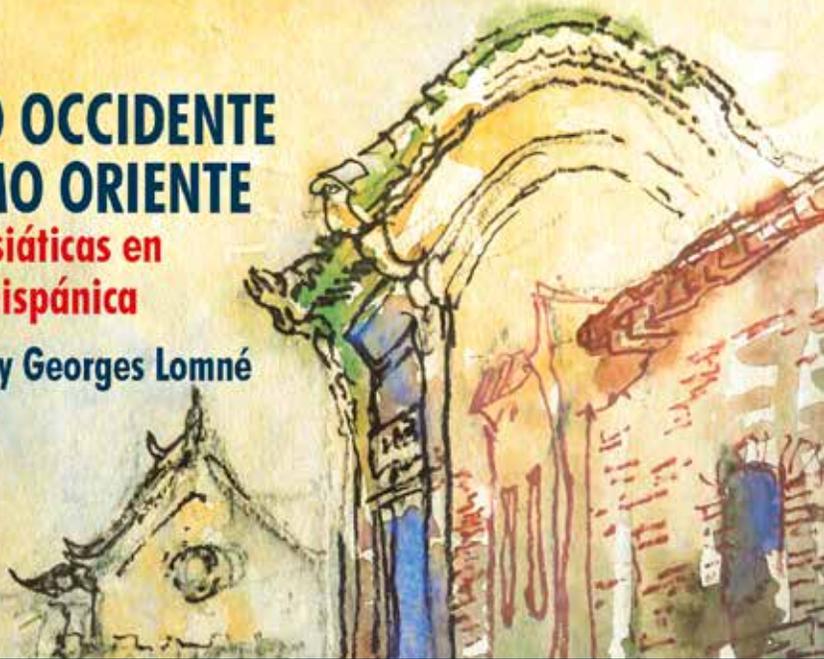


EXTREMO OCCIDENTE Y EXTREMO ORIENTE

Herencias asiáticas en
la América hispánica

Axel Gasquet y Georges Lomné
(Editores)



Capítulo 5



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

303.482508 E Extremo Occidente y Extremo Oriente : herencias asiáticas en la América hispánica / Axel Gasquet y Georges Lomné, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia

Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

317 p. ; 21 cm.

Incluye bibliografías.

Contenido: Encuentros y desencuentros -- Fascinación pictórica por oriente y arte nikkei -- Narrativas mestizas, nikkei y tusán.

D.L. 2018-08170

ISBN 978-612-317-372-2

1. Orientalismo - América Latina - Ensayos, conferencias, etc. 2. Orientalismo en el arte 3. Chinos en la literatura 4. Japoneses en la literatura 5. Oriente y Occidente I. Gasquet, Axel, 1966-, editor II. Lomné, Georges, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-143

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo

y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Imagen de portada: *Puerta de Pekín* (1953), de Raúl Castagnino

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-08170

ISBN: 978-612-317-372-2

Registro del Proyecto Editorial: 31501011800564

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

REVOLUCIÓN E IMPERIALISMO EN FILIPINAS: LOS REPORTAJES DE RAMÓN MUÑIZ LAVALLE (1930-1933)

Axel Gasquet

Universidad Clermont Auvernia - IHRIM (UMR 5317 CNRS)

Desgraciadamente en los países de habla hispana el desconocimiento de Asia es casi total. Carentes de relaciones comerciales, la vida social no ha tenido lugar para crear vínculos entre panoramas tan distantes. La falta absoluta de intereses es la razón de la idea exótica que unos tienen sobre otros.

Ramón Muñiz Lavalle, *Japón ante el mundo* (1933).

Los escritores que quieran presentarnos magia oriental y asombro en sus páginas, deben apresurarse a buscar sus sueños, porque la vida anda hoy en día en avión, y tal vez cuando lleguen a recoger paisajes se encuentren sus campos de poesía transformados en desiertos de batalla.

Ramón Muñiz Lavalle, *El extremo Oriente en revolución* (1935).

Ramón Baldomero Muñiz Lavalle (1911-1968)¹ fue un reportero internacional argentino, ilustrador y diplomático, cuya trayectoria pública

¹ Sus trabajos fueron publicados alternativamente bajo la rúbrica de «Ramón Muñiz Lavalle», «Ramón Lavalle», «Ramón B. Muñiz Richard Lavalle» o el pseudónimo «Billiken». Ramón Baldomero Muñiz Richard Lavalle nació en Buenos Aires el 5 de julio de 1911 y falleció de demencia senil en el psiquiátrico Ypsilanti State Hospital (Saline, Michigan) en 1969. Su primera esposa fue Amelia Mahou y García, con quien tuvo tres hijos y se

es poco conocida, pero que desempeñó un papel importante como observador y testigo de los turbulentos sucesos políticos en el Extremo Oriente durante la década de 1930 hasta 1945. Sus ensayos constituyen un raro ejemplo de análisis político profundo de los acontecimientos asiáticos realizado por un latinoamericano. Estudiaremos la interpretación que Muñiz Lavalle realiza de estos acontecimientos, concentrándonos especialmente en el caso filipino. La turbulenta historia de Asia oriental durante el siglo XX tuvo un notable impacto en la evolución social y política del mundo contemporáneo. La evolución de las ideas de Muñiz Lavalle sobre los sucesos asiáticos resume su propia situación personal, junto a los avatares políticos de su país y los designios del mundo durante aquellos años. Lavalle fue un testigo privilegiado de esta página de la historia contemporánea de Oriente.

Perteneciente a una familia patricia, descendiente de Juan Lavalle por el lado paterno y del doctor Francisco Muñiz por el materno, comienza colaborando con varias publicaciones argentinas como ilustrador bajo el apodo de Billiken. Su primer libro, *Viñetas criollas*, lo edita por cuenta propia en 1928 con tan solo 17 años, tratándose de una pequeña colección de estampas criollistas que rinden homenaje a la tradición campestre, casi todas ellas acompañadas por depuradas ilustraciones en tinta. En esta obra prima, el joven Lavalle celebra con nostalgia a la figura del gaucho que, arrastrada por el progreso, había desaparecido del paisaje social argentino. El autor delinea en sus textos y viñetas los contornos de un tipo humano que permanece en la memoria colectiva, pero que ya no existe. El texto que cierra el volumen, titulado «R.I.P.» (*Requiescat in pace*), dice: «Aquí yace el gaucho; murió de progreso, ya que Don Segundo fue seguido por Zogoibi², paisano que gusta admirar el motor de los autos. Pero nadie

divorció en 1952; su segunda esposa fue Matilde Porras y contrajeron matrimonio en La Habana, Cuba.

² «Don Segundo» se refiere al protagonista de la novela gauchesca de Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra* (1926). «Zogoibi» se refiere aquí a la novela homónima de Enrique Larreta, también publicada en 1926.

negará que el recuerdo del gaucho de ayer, ha sido clavado con un facón en el ombú de la pampa. Yo, Ramón B. Buenos Aires 1000.900.28» (Muñiz Lavalle, 1928, p. 61).

Tras colaborar como ilustrador en varias publicaciones porteñas (*La Nación Magazine*, *Bolita*, *Páginas de Columba*), Ramón Lavalle se embarca en 1930 rumbo al Oriente como reportero internacional de *Noticias Gráficas* y del diario *La Nación* para cubrir el conflicto chino-japonés³. Realiza extensos viajes por toda la región durante tres años, afincándose en Manila durante el período de 1932-1933.

En Manila, desplegará una profusa actividad como conferenciante y dictará un curso en el colegio de San Beda⁴, convirtiéndose en poco tiempo en una destacada figura del ámbito local. Fruto de esta temprana exploración asiática es su primer libro de ensayo, *Japón ante el mundo*, editado en 1933 por cuenta propia en Manila. Versado en varias lenguas europeas y asiáticas, tras su regreso a Argentina abraza pronto la carrera diplomática, hasta su renuncia en marzo de 1943. El 2 de enero de 1934, es nombrado canciller de segunda clase en la Embajada Argentina de Madrid. Permanece en España hasta abril de 1935, cuando es trasladado al

³ Se trataba en realidad de la guerra de Manchuria (1931), que culmina con la ocupación japonesa de esta antigua provincia china. Los ocupantes crean un gobierno títere, denominado Estado de Manchuria o Manchukúo (1932-1945), protectorado de los nipones. La segunda guerra chino-japonesa tiene lugar a partir de 1937, con el inicio de la Segunda Guerra Mundial en Asia, hasta 1945. Lavalle cubre los primeros eventos hasta 1934.

⁴ El diario *La Vanguardia* de Barcelona anuncia así la publicación de *Filipinas y la guerra del Pacífico*: «No hay filipino que ignore quién es Muñiz Lavalle. Este periodista argentino llegó a Manila en 1933; invitado para dar unas conferencias en el Casino Español, obtuvo un éxito clamoroso que le abrió las puertas de la sociedad española y filipina. Inmediatamente fue solicitado para colaborar en la prensa de Manila y para dar una serie de conferencias en la Universidad de Filipinas, Colegio de San Beda. Durante más de un año, Muñiz Lavalle, corresponsal de periódicos argentinos, fue personaje popular y estimado de Manila. Sus artículos sobre el país se publicaron en diarios de seis países distintos y en cuatro idiomas diferentes, algunos de los cuales fueron reproducidos por la prensa de Manila con elogiosos comentarios» (*La Vanguardia*, Barcelona, martes 14 de abril de 1936, p. 34).

consulado de Glasgow, donde presta servicios hasta febrero de 1939. El año transcurrido en la capital española es sumamente activo: es corresponsal de *Noticias Gráficas* de Buenos Aires, expone varias de sus pinturas en una reconocida galería de arte⁵, dicta algunas conferencias sobre la situación en Filipinas⁶, establece relaciones con la prensa madrileña y colabora con la *Revista Ciudad* (Muñiz Lavalle, 1935a), entregando a la imprenta su segundo libro de ensayo: *El extremo Oriente en revolución* (Muñiz Lavalle, 1935b), que constituye su primer grueso volumen de análisis asiáticos. Afincado en Gran Bretaña en mayo de 1935, finaliza en Londres la redacción del segundo tomo, editado con el título *Filipinas y la guerra del Pacífico*. En Gran Bretaña, oficia de corresponsal para el *Heraldo de Madrid*.

El 24 de febrero de 1935, el suplemento cultural «Blanco y Negro» del *Diario ABC* dedica cinco páginas a reproducir algunas obras gráficas de Lavalle. Saludando el temperamento excepcional de sus cuadros y dibujos, el cronista Manuel Abril le consagra un elogioso artículo. Vale la pena citar en extenso algunos pasajes que esbozan el carácter de nuestro autor:

Véase un gran tipo nuevo. La época moderna ha dado a la humanidad tipos modernos; el Nuevo Mundo ha dado ser a hombres nuevos. [...] De este género es Ramón Muñiz Lavalle. Argentino de nacionalidad, tiene algo en su tipo y de su manera de norteamericano; de ese tipo de norteamericano de cara y espíritu joven —juventud ajena a los años, aunque es mozo— de jovialidad y seriedad, abierto y discreto a un tiempo, activo, sin alarde y sin demasiado moverse, ni hablar mucho, no hablar alto.

⁵ Ramón Lavalle expone su obra en el Círculo de Bellas Artes durante el mes de marzo. Hablando de *Billiken*, el periódico ABC destaca «que [sus obras] tanto éxito han obtenido e interés despertado» (*Diario ABC*, Madrid, sábado 23 de marzo de 1935).

⁶ Aparece en el *ABC* el siguiente anuncio: «El próximo sábado, día 16, a las siete de la tarde, dará una conferencia el distinguido periodista argentino D. Ramón B. Muñiz Lavalle, en el salón de actos de la Unión Ibero-Americana, calle del duque de Medinaceli, 8, sobre el tema *Estampas filipinas*» (*Diario ABC*, Madrid, jueves 14 de marzo de 1935).

Su vida es ejemplar y es, además, característica. Tiene veinticinco años y ofrece el activo siguiente.

Periodista, con su nombre; dibujante, con el nombre de *Billiken* pertenece, allá en América a la redacción de *La Nación*, y a la de *Noticias Gráficas*, periódicos los dos, de Buenos Aires.

Cuando el conflicto chino-japonés, partió hacia el Extremo Oriente como corresponsal de guerra de ambos periódicos bonaerenses. Allí estuvo tres años. Estudió los problemas políticos-sociales y económicos de allá; publicó un libro en Manila —en el año 33—, *Japón ante el mundo*, traducido al inglés y al japonés, y luego viajó y viajó, escribiendo y dibujando. En el Japón publicaba a diario, durante su estancia allí, un dibujo en el periódico *Tokio-Nichi-Nichi*, periódico que tiene la fortuna de tirar dos millones de ejemplares.

Cae en un lugar, dibuja; colabora en la prensa local; hace alguna exposición; y continúa su ruta. Así en el Brasil, en los Estados Unidos, en Japón, en Manchuria, en Filipinas, en China.

Realizó exposiciones de sus obras en Nueva Orleans, en Tokio, en Shanghai y en Manila [...]

Billiken expondrá una serie grande de dibujos en los que el estético viajero fue llevando al cartón impresiones de tipos y paisajes, impresiones sobre todo, de color, de los muchos países visitados: Japón, Estados Unidos, Brasil, Hawai, Manchuria, Corea y Formosa; Filipinas, Malaya, Egipto, China, las Islas de los Mares del Sur; Borneo, Bali, Java, Ceilán, la Arabia y la India (abril, 1935, pp. 75-80).

Esta entusiasta descripción del reportero y dibujante, aunque superlativa, resume la atipicidad de la personalidad de Muñiz Lavalle.

LA QUIMERA FILIPINA: LOS DESAFÍOS DEL NEOCOLONIALISMO

Todos los ensayos sobre la compleja situación filipina están reunidos en el tercer volumen de reportajes, *Filipina y la guerra del Pacífico*, que es el segundo tomo de *El extremo Oriente en Revolución*. Lavalle aclara que sus crónicas son todas inéditas, diferentes a las publicadas en los periódicos

de Asia, Europa y América. Como ya lo hiciera antes, el autor destaca su neutralidad y su absoluta sinceridad a la hora de analizar los hechos. El tono empleado es sin banderas partidarias, pero con fuertes convicciones morales y sociales. Su posicionamiento es semejante al de un francotirador, buscando penetrar con lucidez la realidad de su época:

En mis reportajes sobran los errores y habrá tremendas fallas de perspectiva y análisis; pero los escribo con la mayor sinceridad posible, desprovisto de simpatías y enemistades, *aplaudiendo esporádicamente al fascismo en Japón y al comunismo en China, y atacando a los Estados Unidos en Filipinas*, cuando aún creo en la democracia y sigo siendo un admirador de la vitalidad salvaje de los norteamericanos (Muñiz Lavalle, 1936, p. 7. Subrayado nuestro).

Si podemos estimar su sinceridad genuina, sus simpatías y antipatías no siempre fueron interpretaciones diáfanas ni críticas de la situación observable. Es evidente que Lavalle es un inconformista y su indagación de la realidad asiática no obedecía a una visión partidaria. Sus valores liberales, progresistas y democráticos fueron siempre el zócalo de sus apreciaciones. Pero esto no convirtió a su pluma en propagandista incondicional de los valores angloamericanos de la democracia, ni tampoco defendió una adhesión al liberalismo acrítica y libre de toda sospecha. En realidad, sus convicciones democráticas eran de tipo social y no teóricas o dogmáticas. Propiciaba siempre la adecuación de sus valores al medio cultural, político e histórico local. Comprender las múltiples determinaciones de la realidad era su propósito y su prioridad absoluta, aunque esto a menudo lo llevase a contradecirse para mantener una opinión autónoma y equidistante. Sabía que la democracia no era aplicable en Asia oriental como un mero ejercicio de trasposición y que las costumbres de los pueblos asiáticos eran a menudo hostiles a dicha empresa de «importación». Por eso era pesimista en cuanto a las verdaderas posibilidades de triunfo de la República china de Nankín, pues esta no tomaba en cuenta los complejos desafíos inherentes a la reivindicación nacionalista (auténtica argamasa de la acción política en la región frente a los intereses coloniales).

Los reportajes que componen el volumen resultan del año que Lavallo transcurre en el archipiélago filipino, en permanente contacto con los intelectuales y periodistas locales y extranjeros, con quienes se siente deudor.

El punto de partida del «drama filipino» es la exploración y conquista del archipiélago por los españoles en 1521, con la expedición marítima de Magallanes y El Cano. El fondo de esta tragedia, según Lavallo, es la de un pueblo sin destino geográfico, permanentemente desplazado y desarraigado. De temperamento antidogmático y anticlerical⁷, Lavallo no considera la defensa del catolicismo filipino —impuesto por los españoles— como una reivindicación pertinente frente al protestantismo norteamericano. Antes bien, el fanatismo católico fue el primer responsable por haber «separado al hombre de su mundo» (Muñiz Lavallo, 1936, p. 19). Bajo la corona española, la constante llegada de comunidades chinas y asiáticas, de comerciantes y braseros, acentuó los efectos de esta primera desarticulación local de la sociedad.

Frente a una sociedad fragmentada desde hace siglos, los desafíos de la «reivindicación nacional» en Filipinas son todavía más acuciantes. El nacionalismo que empuja a la emancipación es la única tabla de salvación para un pueblo que busca su destino por fuera de los cánones coloniales. Pero este único deseo no alcanza para que dicha empresa triunfe políticamente. Este es el corolario moderno del drama filipino iniciado en el siglo XVI: el sinuoso y accidentado camino de su emancipación. «Desde hace aproximadamente cuarenta años los filipinos vienen soñando con su independencia» (Muñiz Lavallo, 1936, p. 33), cuando la aspiración independista iniciada en 1896 se vio frustrada con el cambio de metrópoli entre España y Estados Unidos, que se ocupó de estrangular políticamente al movimiento emancipador desde 1898. En este sentido, la situación política del archipiélago es parangonable con la de Cuba y

⁷ Define de este modo sus convicciones espirituales: «Yo, no sé si ateo, porque el ateísmo me parece un dogma como cualquier otro (e instintivamente, por individualidad odio a los dogmas que pretenden ser liberales, cuando, por sentido, la palabra liberal no admite dogma), pero sí positivamente anticatólico [...]» (Muñiz Lavallo, 1936, p. 25).

Puerto Rico, las últimas posesiones hispánicas en América. En ambos casos, las insurrecciones nacionales en curso fueron decapitadas y reprimidas mediante el espejismo de que la independencia *de facto* estaba cerca, pero debía realizarse ahora bajo las nuevas condiciones tutelares impuestas por la potencia neocolonialista (a diferencia de las potencias europeas, oficialmente Estados Unidos no tuvo nunca posesiones coloniales).

Para Muñiz Lavalle, la insurrección filipina a fines del siglo XIX fue menos una rebelión contra el orden colonial metropolitano que una sublevación contra las condiciones de explotación temporal o «estado de esclavitud eclesiástica» en que las congregaciones católicas tenían sumido al país. De forma oficiosa, las órdenes religiosas tenían la «representación» española en la colonia y estaban a menudo en conflicto con el poder civil, que desempeñaba un papel formal. Desde ya, dominio colonial y control espiritual formaban parte de un sistema institucional indisociable de explotación. Pero en estas dos caras de la medalla, la enajenación religiosa ejercía una particular tutela en el control social sobre los individuos y las clases populares. El autor resume de este modo las condiciones de aquellos años: «A fines del siglo XIX, la situación del pueblo filipino era inaceptable. Para él no existían los derechos humanistas-románticos que inundaban el mundo; un trato de castigos corporales mantenía a la población indígena bajo la férula de los frailes, dueños y señores de sus vidas y haciendas desde los tiempos iniciales de Felipe II» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 34).

El poder civil era impotente frente a la ascendencia de los clérigos, que ejercían hábilmente presión sobre la corona pasando por Roma, mediante sus influencias en el Vaticano. Para la corona española, una vez frustradas las tentativas de establecer una misión comercial permanente en China y en el Japón a fines del siglo XVI (tal era la verdadera misión de las colonias filipinas, concebida inicialmente como cabeza de puente entre Madrid y el comercio asiático), el mantenimiento de la posesión tenía escasos beneficios y en cambio sí elevados costes (Ollé, 2002). La corona se desinteresó desde entonces en la evolución material y social de la colonia, abandonándola con resignación al poder de las congregaciones.

Desde Felipe II, España estaba encerrada en el absolutismo y los intentos de modernización y reforma política profunda fueron permanentemente frustrados tanto en la metrópoli como en sus posesiones de ultramar. Hasta su ingreso tardío en la modernidad política, acaecido en 1931 con la declaración de la segunda República, la península vivió mayormente de espaldas a la evolución histórica contemporánea. Filipinas no era una simple provincia de ultramar como otros territorios coloniales, sino un feudo eclesiástico, coto reservado a la propagación de la fe católica en donde las congregaciones de dominicos, jesuitas, franciscanos, agustinos y benedictinos tenían extensas prerrogativas temporales y espirituales.

Los intereses corporativos de los religiosos estuvieron en el origen del primer aplastamiento independentista en 1872, conocido como el «Motín de Cavite», cuando se ejecutó a tres sacerdotes seculares filipinos apodados conjuntamente «Gomburza»⁸, acusados de sedición y de sublevar al pueblo. Este hecho es representativo de la profunda división interna dentro del clero, entre los seculares filipinos (que obraban por la ruptura institucional) y la jerarquía hispánica (que luchaba por el mantenimiento del *status quo* colonial). Otro tanto observa Muñiz Lavalle sobre la ejecución del líder independentista José Rizal durante la revolución filipina de 1896: «[...] la muerte de Rizal fue obra de los frailes, que veían que detrás de aquel cuadrillo se fortificaba la oposición contra ellos. Frente a este estado de cosas, la Corona y el Gobierno militar y civil nada hicieron. [...] Y ante este hecho indiscutible, la actuación de los gobernantes fue una estéril presencia» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 37). Por otra parte, la estrategia expansiva de Estados Unidos en el océano Pacífico se presentaba como un evento ineluctable hacia fines del siglo XIX. Dicha expansión que los norteamericanos designaban como un «destino manifiesto» y que Lavalle califica de «desarrollo natural» (sujeto a un orden histórico, por el cual los acontecimientos son causas de otros anteriores, lógica que este aplica tanto

⁸ «Gomburza» es la contracción de los apellidos de aquellos sacerdotes: Mariano Gómez, José Apolonia Burgos y Jacinto Zamora. Fueron ajusticiados el 17 de febrero de 1872.

a Estados Unidos en Filipinas como al Japón en Manchuria). El primer peldaño de esta conquista norteamericana del Pacífico fue la rebelión en Hawai, planeada y dirigida por los comerciantes estadounidenses, que culmina con la conquista de este reino en 1893. Desde entonces, la creciente presencia norteamericana en la zona era vista como inevitable; la crisis independentista filipina de 1896 les da una magnífica ocasión para apoderarse del archipiélago español, hecho que se consuma con la guerra hispano-estadounidense de 1898.

Según Lavalle, en esta guerra Cuba fue un pretexto, pero Filipinas y Guam fueron la causa verdadera de este fugaz enfrentamiento bélico (entre abril y agosto de 1898). Esta tesis es contraria a la opinión generalizada, que pone el acento en la importancia clave que Estados Unidos le asignaba a Cuba en su estrategia neocolonialista. Partiendo ahora de California, Norteamérica quería proseguir la conquista del Oeste en el espacio marítimo del Pacífico. Tras anexar Hawai en 1893, Filipinas y Guam estaban ya en su mira para controlar esta porción clave de Asia Oriental y extender su hegemonía regional. El archipiélago era una presa fácil de conquistar cuando la corona española se hallaba en su momento de mayor decadencia internacional. Tras la guerra, España cede Filipinas, Guam y Puerto Rico por el Tratado de París (firmado el 10 de diciembre de 1898), cesión por la que oficialmente recibe un pago de 20 millones de dólares. Los rebeldes filipinos de *Katipunan*⁹, que tras el fusilamiento de Rizal habían resistido con las armas en una guerrilla selvática, creyeron con ingenuidad en la desinteresada ayuda norteamericana. El Tratado de París fue firmado por los beligerantes sin la consulta ni la presencia de los nativos filipinos. Como otrora España en el siglo XVI, a fines del XIX

⁹ Nombre popular de la Suprema y Venerable Asociación de los Hijos del Pueblo, liderada por D. Arellano, R. Basa y A. Bonifacio, que lucharon desde 1892 contra los españoles. Tras una breve tregua en 1897, cuando inician las hostilidades con Estados Unidos en abril de 1898, la guerrilla se reactiva con el ideal de obtener finalmente la independencia. Marginados de los acuerdos, tras la guerra comienzan los enfrentamientos entre el Katipunan y los estadounidenses, hasta el aplastamiento de la guerrilla nacionalista.

Estados Unidos veía al archipiélago como una plataforma privilegiada para la conquista económica de China y contrabalancear el ascenso nipón y las aspiraciones británicas en la región del Pacífico asiático.

En resumen, la sucesión o traspaso de poderes coloniales en Filipinas tuvo como saldo el sacrificio de su independencia y el cercenamiento de su evolución nacional, como expresión política legítima del sentimiento nacionalista emancipador. El contraejemplo que Muñiz Lavalle gusta citar por oposición a los casos filipino, cubano y portorriqueño, lo constituye la revolución mexicana de 1910, que coloca a este país en la senda de la realización nacional.

Pero el drama filipino no solo es producto del interesado accionar de las potencias extranjeras. Según nuestro observador, también hay importantes fenómenos idiosincrásicos y sociales internos que explican el fracaso político de la aspiración nacionalista en el archipiélago. Por ejemplo, Muñiz Lavalle señala la personalidad mediocre y voluble de Emilio Aguinaldo (primer presidente de la efímera primera República Filipina), cuya acción revolucionaria en la campaña independentista primero contra los españoles y después contra los norteamericanos se trocará en una aceptación *de facto* de esta última potencia neocolonialista. También serán frecuentes los coqueteos de Aguinaldo con el Japón imperial desde la década de 1930, antes de que se inicie la batalla por la ocupación nipona del archipiélago en diciembre de 1941¹⁰. Muñiz Lavalle tuvo ocasión de conocerlo y dialogar bastante con él, llegando incluso a entrevistarlo. El reportero pinta a Aguinaldo como un hombre sin principios, animado por un mero interés personalista:

Me dio la impresión de una nulidad absoluta a través de una conversación incoherente. Juzgándolo a través de los hechos,

¹⁰ La campaña de Filipinas comienza el mismo día del ataque a Pearl Harbour, el 8 de diciembre de 1941, y finaliza el 9 de junio de 1942. La ocupación japonesa establece la segunda República de Filipinas (1943-1945) y nombra un gobierno títere cuyo presidente será José P. Laurel.

Aguinaldo es a todas luces un «traidor». No solo es un individuo de pasiones que lo lleven a mandar a asesinar a Bonifacio y a Luna, sino también carece de dignidad al trazar con Primo de Rivera en 800.000 pesos, vendiendo por dinero la rebelión auténtica de «Katipunan». Ha sido indiscutiblemente un caudillo que tuvo su hora; pero su popularidad no ha estado nunca en relación a la importancia de su obra. En torno a su figura hay una adoración falsa, que el tiempo se encargará de borrar cuando los filipinos escriban su propia historia (Muñiz Lavallo, 1936, pp. 67-68).

La estampa final, inapelable, es la de un hombre interesado y mediocre en medio de circunstancias históricas que reclamaban una personalidad ética más elevada, atrevida y sutil. «La rebelión filipina fue traicionada por su máximo caudillo», concluye Lavallo, como si fuese una instantánea de lo que entonces eran las élites políticas nativas. El observador dedica el capítulo quinto de su libro a una cuestión crucial, titulándolo con la interrogante: «¿Quieren sinceramente los filipinos su independencia?» (Muñiz Lavallo, 1936, pp. 91-106). Según él, las armas fatales empleadas por Estados Unidos para el afianzamiento de su dominio en el archipiélago fueron la modernidad económica y la política del dólar. Realiza el siguiente balance de los cambios operados a inicios del siglo XX:

Los filipinos quisieron librarse de la tiranía del clero español, y se alzaron en armas contra el gobierno; más tarde, dirigieron su indignación contra los Estados Unidos, y al verse defraudados, emprendieron una larga serie de guerrillas. Es decir, que a finales del pasado siglo existía en Filipinas una noción del patriotismo y la dignidad nacional, que es forzoso reconocer que la han perdido en treinta y cinco años de andar en automóvil.

Porque solo al dólar es imputable la trasmutación de un pueblo que pasa del acto heroico de combatir por su libertad al triste espectáculo de mendigarla en los pasillos del Parlamento norteamericano (Muñiz Lavallo, 1936, p. 92).

Muñiz Lavalle subraya la ingenuidad interesada de las clases dirigentes filipinas y asimismo el timorato carácter popular, que aborda la cuestión nacional con una aproximación sentimentalista y romántica. Denuncia el carácter utópico de la reivindicación nacional en el archipiélago, afirmando que «la utopía no es un natural sentimiento, sino una degeneración de la capacidad de imaginar» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 93). Y prosigue poco después: «[...] no puedo eludir una enseñanza de siglos, en Oriente y Occidente, que me demuestra la imposibilidad de que los pueblos traten —como norma de conducta— sentimentalmente sus problemas» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 93). La compleja realidad política regional en el extremo Oriente, con una guerra a escala mundial que se avecina tras el conflicto armado en Manchuria y las luchas intestinas en China, indica al observador que «Filipinas no puede ser independiente. Pero no es el caso ahora de saber ‘si puede’ serlo. Necesito enterarme ‘si quiere’ serlo». La conclusión que saca de todo esto se devela rápidamente:

Y como resultado de un cruzar sus provincias, de auscultar al pueblo, de interrogar a sus hombres públicos, de pulsar los sentimientos de todas sus clases, de llegar al fondo del corazón que mansamente late en el fondo de un cuerpo cuya fuerza sanguínea se ha tornado leche, he concretado mi respuesta a la convicción de que Filipinas «no quiere su independencia» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 94).

Para el reportero, Filipinas no quiere ser libre si ha de verse abocada a trabajar en serio para lograrlo. Esto constituye el trasfondo idiosincrático de la cuestión nacional en el país. Pese a la dominación, Estados Unidos le garantizó al país y a su pueblo la entrada en el mundo moderno —junto a la satisfacción de sus intereses materiales: «El corazón indígena a perdido la sangre del 96 [...]; el materialismo impuesto por los norteamericanos ha envenenado la sangre del país» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 95). Estados Unidos compra al archipiélago casi toda su producción agrícola y de materias primas a cambio de cierto *confort* y del sometimiento. Los filipinos no están dispuestos a resignar dicho *confort* a cambio de su libertad,

ni quieren edificar una economía autónoma de la nueva metrópoli. Saben de la amenaza que significa la presencia nipona en la región y, frente a ello, la protección militar norteamericana es el principal elemento disuasivo que sofoca cualquier veleidad independentista, amén del primer factor, el simple beneficio material que aporta la paz. Mientras los filipinos no estén dispuestos a trabajar por su independencia económica, no se vislumbrará un camino transitable hacia la libertad. Lavalle insiste en que «un pueblo no tiene derecho a pedir una ‘independencia’, sino a tomársela por sus medios». Y las condiciones sociales y políticas de los filipinos, hacia 1934, estaban aún muy lejos de poder acariciar tal fin: «La mayoría del pueblo filipino vive ajeno a este debate de la independencia [...], y durante treinta y cinco años no se ha preocupado de la suerte que corra» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 100). Sus únicas preocupaciones son de tipo bajamente material y cotidiano. La vida sencilla es fácil y despreocupada, como en un paraíso primitivo. El filipino es atávico en sus aspiraciones:

Vive sin necesidades y sin mayores prejuicios; no le importa mucho que su mujer ande bien con el fraile, y que sus hijas o hermanas tengan ‘niños naturales’. Para él la vida es una obligación de vivir, tan cálida en su ingenuidad primitiva, que no se preocupa de acortarla ni de acelerarla. Y la ‘independencia’ es para él un sueño que le dieron los caudillos del distrito, para que no se olviden de votarlo cuando mande el patroncito [...] (Muñiz Lavalle, 1936, p. 101).

Los siglos de dominación colonial española, junto con la dominación teocrática de las congregaciones religiosas, encastrado con las condiciones del *confort* materialista norteamericano y las promesas de una independencia futura, anestesiaron definitivamente las aspiraciones de libertad del pueblo. La independencia nunca fue una realidad o siquiera una aspiración plausible; la independencia de Filipinas es un mito. Pero ese mito resulta funcional a la forma de vida de todos los sectores sociales. Las aspiraciones políticas se dirimen casi siempre a escala local, pues las relaciones políticas se subsumen a la vinculación clientelista del caudillo con su base social local. Este rasgo ha resultado en la creación de un tipo humano servil, cuyo

modelo acabado Muñiz Lavalle lo encuentra en el burócrata: el «empleado nacional» que, en Filipinas, encarna el paraíso en la tierra:

Carente de cualidades naturales para el comercio —dice Lavalle—, de una absoluta incapacidad administrativa, el filipino busca la elevación personal por medio de una carrera liberal que lo lleve al plano por todos aspirado: la política.

Llegar a ‘político’ es la ambición suprema de todo joven filipino de hoy día; y entrar en la Legislatura se convierte para el medio como entrar en el Reino del Señor a los místicos religiosos. No he conocido un solo joven —entiéndase que digo ni uno solo— en Filipinas que no tuviera la aspiración suprema de llegar algún día a descollar en el círculo de la ‘alta política’. A cuanto joven detuve en las gradas de la Universidad de Filipinas para conversar sobre la independencia, le saqué, tarde o temprano, esta confesión:

— ¡Ah, cuando yo sea delegado de mi distrito...!

Y en todos, aun en aquellos que por su incapacidad económica vivían enclaustrados en el campo, entre las alternativas de una labor sedentaria, me expusieron ese pináculo de sus vidas: ¡ser políticos! (Muñiz Lavalle, 1936, pp. 101-102).

Esta mentalidad de los filipinos está profundamente sustentada en una cultura paternalista. El cacicazgo político a nivel local es la vía de ascenso social ilusoria para la juventud. Pero la aceptación del cacicazgo político tiene sus reglas: la aceptación de una democracia restringida a la exclusiva voluntad de las élites, que mediante la cultura del paternalismo clientelista imponen el mantenimiento del *status quo* a los sectores populares (alimentando entre estos la ilusión de algún día poder acceder al pináculo del «cargo público»). Esto, sumado a los elementos anteriormente señalados por Lavalle —el confort material y el carácter utópico de los deseos de independencia, funcionales para perennizar el estado de cosas existente—, han hecho que el espíritu patriótico declinase en el archipiélago.

Muñiz Lavalle no va más lejos en la interpretación del origen político o social de dicha cultura paternalista refrendada en el caudillismo local. Indagar esta cuestión se convierte en una clave interpretativa para comprender la realidad Filipina de entonces. Sin ser especialistas en el tema, podemos, sin embargo, imaginar que los casi cuatro siglos de colonización española (cuya economía y política estaba en manos de poderosos intereses temporales y seculares), seguidos de la soberanía del dólar instaurada por los norteamericanos, están imbricados en la existencia generalizada de la cultura paternalista, que se ha integrado a la idiosincrasia nativa. Sabemos que en muchas regiones de la América hispánica esta cultura paternalista también se arraigó y persiste hasta nuestros días. Otro rasgo común entre filipinos y sudamericanos, esta vez señalado por Muñiz Lavalle, es que ambos pueblos tienen el defecto de ser «rastacueros»: aman la ampulosidad, son advenedizos, jactanciosos y profundamente incultos (exceptuando algunos pocos individuos). El mostrarse como lo que no son es parte de su cultura de «aparentar». Este gusto desmesurado por la cursilería y el macaneo, los filipinos lo designan con un término nativo: *jambunguería*. El «jambunguero» es el equivalente de lo que los estadounidenses designan con el término «*bluffer*». El «rastacuerismo» es un rasgo que Muñiz Lavalle hace extensivo al Nuevo Mundo en general, incluyendo a Estados Unidos: «Entre el turista argentino, que habla en voz alta de su estancia —que no tiene— para que todos lo oigan, y pasar por millonario, al turista norteamericano, que cuenta en voz alta sus fajos de dólares, no hay más diferencia que la realidad del dinero con que cuenta uno y otro», para concluir más adelante que «en Filipinas se reproduce esa manera de ser con muchísima similitud, tanto, que no sé si achacarla a una común influencia española, al tiempo norteamericano o a la manera de ser de ciertas razas de color o razas mestizas» (Muñiz Lavalle, 1936, pp. 103-104).

Todos estos factores se han combinado en un resultado: el hecho que en Filipinas la «independencia» sea mera figuración política, una pose vacía de todo contenido, sin «una real emoción de nacionalidad». Según nuestro observador, esto explica que la política se haya convertido

en simple politiquería. Nadie cree demasiado en el valor de las palabras, ni en los ideales elevados (aún cuando las circunstancias lo demanden), aunque los discursos políticos «nacionalistas» encendidos proliferen. Lavalle no encuentra «fuerza moral» en la sociedad filipina, como tampoco en Sudamérica. La cultura política está basada en el *show off*; en desplegar un juego ilusorio de apariencias —encarnada entre otros ejemplos por «el fetichismo del título; en la propensión a vivir como ‘señorones’, [donde] el que no tiene título es un pobre diablo» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 104).

Filipinas padece incluso de un mal mayor: la falta de valores, la ausencia de los atributos necesarios para una real independencia espiritual, cultural y económica. Sin estos requisitos, no hay posibilidades reales para asentar una libertad que solo es proclamada. El discurso independentista es mero artilugio, una política de fachada: «¿Qué hace Filipinas titulándose ‘República libre’, si su alma es de España, por el catolicismo, y el cuerpo de América, por el comercio?». Y remata Muñiz Lavalle con una sentencia inapelable: «Los filipinos, el pueblo, no quiere la independencia, porque no cree en ella. Y ese anhelo es solo el caballito de batalla de los políticos, la clase dirigente y explotadora del país» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 106).

LA CONCIENCIA POLÍTICA BAJO EL FUEGO DE LA GUERRA

Señalamos que Muñiz Lavalle llega por primera vez al extremo Oriente para cubrir la guerra en Manchuria en 1931, permaneciendo más de dos años en la región y residiendo luego un año en Filipinas. Regresa más tarde a vivir en la región como diplomático argentino en Hong-Kong y el Japón durante la Guerra del Pacífico, desde mayo de 1939 hasta enero de 1943. Las circunstancias personales que le tocan vivir son dramáticas, cuando pierde a su hija de disentería durante la ocupación nipona de la colonia británica; pero el capítulo de la historia asiática que observa es aún más trágico. Los años anteriores al estallido de la Guerra en el Pacífico es un periodo tormentoso para toda la región, pues la amenaza de la guerra se cierne sobre casi todas las naciones como un hecho ineluctable.

En medio del huracán político y bélico, Lavalle es un testigo y analista de excepción que sobrepasa permanentemente primero su misión de periodista y después de diplomático. Este atributo tenía mucho que ver con su educación intelectual cosmopolita, su ímpetu juvenil, su curiosidad sin límites y, sobre todo, el deseo de comprender la compleja realidad que vivía en aquellas latitudes. Su compromiso para con la «inteligencia» era doble: por un lado, buscaba entender la historia local de cada país y sus pueblos; pero, por otra parte, analiza y contrasta la realidad local con un alcance global, tanto mediante la interpretación conjunta de los sucesos regionales mayores como los eventos mundiales de primer orden. Para decirlo con una metáfora, el árbol nunca le impidió ver el bosque. Con innegable lucidez —no exenta de contradicciones—, busca avanzar paso a paso en la compleja maraña de países y culturas que le eran inicialmente ajenas. Respecto a otros observadores occidentales, la sagacidad de sus observaciones y análisis no escapan al lector de hoy¹¹. Muchos de sus juicios, a menudo severos y osados, resisten los hechos históricos que se produjeron con posterioridad a su estancia en la región. Aunque sus escritos hoy hayan sido olvidados, constituyen una prueba del valor que tuvieron en su momento para la comprensión del periodo.

La energía juvenil con la que descubrió el Oriente no le impidió comprometerse con las causas que le parecieron justas, aunque a menudo su posición fuese en aquel entonces minoritaria. Podemos imaginar que Muñiz Lavalle fue un liberal de izquierda, aunque esto parezca hoy contradictorio. Quizá convenga calificarlo como un genuino «socialista democrático» en el pleno sentido de la palabra. Comprometido con una visión del mundo y de la sociedad claramente progresista, se identificó con las causas que hacían evolucionar a los hombres: el anticolonialismo,

¹¹ Otro analista había desarrollado poco antes argumentos semejantes a los de Muñiz Lavalle. Se trata de Héctor Charles Bywater, reportero internacional del *Daily Telegraph* de Londres. Sus observaciones servirán de apoyo para los desarrollos de Lavalle, que las completa y reactualiza para la década de 1930 (Bywater, 1925).

la justicia social, la emancipación de los pueblos y la reivindicación de la libertad individual.

Para el periodo de entreguerras e incluso luego durante la denominada «guerra fría», Lavalle resultó un hombre de convicciones extemporáneas. Su posicionamiento político era difícilmente comprensible para la mayoría, en una época que solo reconocía fidelidades campistas declaradas con la toma de partido a favor de: a) los conservadores del orden establecido; b) los defensores de la democracia burguesa; o c) los abanderados de las opciones revolucionarias en su acepción autoritaria, desde el comunismo hasta el fascismo y el nazismo. Hoy algunos de sus asertos sobre Asia oriental (nos referimos a sus numerosos escritos sobre el Japón y China¹², no solo a sus textos sobre Filipinas) resultan clarividentes, pero en la década de 1930 no era sencillo defenderlos: para Estados Unidos, aunque liberal, Muñiz Lavalle era un izquierdista; para la Europa prisionera del ascenso de los regímenes totalitarios que reclamaban la adhesión incondicional de artistas e intelectuales, era un *outsider* peligroso; para los países asiáticos en que vive, era una estrella fugaz episódica; para su propio país —que atravesaba entonces la llamada «década infame»—, era un neutrón libre incontrolable, pues reivindicaba la insumisión de la palabra y la libertad de pensamiento¹³. Su posición de reportero internacional y luego de diplomático hicieron que sus opiniones fuesen inaudibles en Argentina. Desde que en 1943 se refugió en Estados Unidos, rompiendo con la política de «neutralidad» oficial del gobierno argentino, el olvido cayó encima suyo como una noche eterna.

Muestra de su clarividencia anticipatoria es quizá el capítulo final de su libro sobre Filipinas («Titulares a toda página»), fechado en octubre de

¹² Estos análisis los estudiamos en detalle en el capítulo IX de *El llamado de Oriente* (Gasquet, 2015).

¹³ Con un puesto diplomático en el consulado de Glasgow, en octubre de 1935, afirma Lavalle sobre Argentina al final de su libro: «El país, como siempre, tiene un gobierno de inútiles; parecería que el destino de mi república sea el de salir de un mal gobierno para caer en otro peor» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 388).

1935. La fecha es importante, pues nos situamos poco antes de: a) el inicio de la guerra civil española (1936) que acabará con la Segunda República, b) el comienzo de la Guerra en el Pacífico (1937) y del conflicto armado en Europa (1939). Ciertamente, la máquina de guerra totalitaria de las potencias del eje está ya en marcha, pero pocos dentro de la opinión internacional la presentaban como una amenaza de augurios tan funestos. Este capítulo final del libro es un ensayo de anticipación periodístico sobre lo que sucederá en el teatro asiático y en el mundo en los años siguientes. Con pocas diferencias sobre la historia real (el Japón inicia las hostilidades), Muñiz Lavalle predice el choque ineluctable de Estados Unidos y el Japón por el control del Pacífico:

¡Estados Unidos declara la guerra al Japón! ¡Invasión aérea norteamericana al Japón! ¡Tokio en llamas! ¡China y Rusia se alían con Estados Unidos para aniquilar el imperialismo japonés! ¡Grandes combates navales en el Pacífico! ¡Los submarinos japoneses atacan la flota norteamericana en viaje a Manila! (Muñiz Lavalle, 1936, p. 349).

EPÍLOGO

A manera de grandes titulares en los periódicos, Muñiz Lavalle va desgranando el anticipo de lo que sucederá en el mundo, anunciando una conflagración mundial. «Por un lado y por otro se activan los preparativos para la guerra del Pacífico. Pero los que han tomado esa tarea con mayor empeño son los yanquis [...]» (Muñiz Lavalle, 1936, p. 359), afirma el reportero tras haber analizado pormenorizadamente los incrementos de las construcciones navales militares por ambas partes. Todo lo induce a pensar que la guerra es inevitable —aunque muy lejos estaba de suponer que él mismo, años más tarde, pagaría un elevado tributo como testigo de este conflicto.

En una última escena imaginaria, situada pocos años después, el reportero-diplomático vuela desde Buenos Aires con destino a Washington para cubrir los rumores de la inminente ruptura de relaciones diplomáticas

entre Estados Unidos y el Japón. En el supuesto vuelo de la Pan-American Airways, un circunspecto pasajero lee el periódico a su lado; esto le inspira a Muñiz Lavalle las palabras finales de su libro sobre Filipinas: «¡Titulares a toda la página! ¡La guerra de nuevo sobre el mundo!... Y el señor burgués, que lo único que ha hecho es un hijo médico y otro hijo abogado, leyendo en un sillón cómo mueren en el Pacífico los hombres de dos razas de destino... ¡Qué magnífica bestia es el hombre!» (Muñiz Lavalle, 1936, pp. 390-391).

Habiendo fatigado durante años los senderos y pueblos de Oriente y el mundo, el lúcido analista internacional remata con estas observaciones que denotan la distancia que lo separan de sus veinte juveniles años, cuando fue a cubrir los sucesos de la guerra en Manchuria:

Los caminos del mundo me han enseñado una cosa: el escepticismo. Ideales de juventud, pasiones de vida, fuerzas para rodear al Universo en una aspiración común, se me han ido descascarando en los botes y rebotes de los años recientes.

La vida es buena... El hombre es malo... ¿Es malo o es bueno?... No sé; solo he aprendido que, desde que existe, ha hecho de la guerra —que es muerte— una fórmula de vida (Muñiz Lavalle, 1935b, p. 51).

BIBLIOGRAFÍA

- Abril, Manuel (1935). Un hombre artista de hoy y artista de hace siglos. *Blanco y Negro*, *Diario ABC*. Madrid, 24 de febrero de 1935, 75-80.
- Bywater, Hector C. (1925). *The great Pacific War: a history of the American-Japanese campaign of 1931-1933*. Boston-New York: Houghton Mifflin & Co.
- Gasquet, Axel (2015). *El llamado de Oriente. Historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Muñiz Lavalle, Ramón (1928). *Viñetas criollas*. Buenos Aires: s/e.

Muñiz Lavalle, Ramón (1935a). Carnaval en el mundo. *Revista Ciudad*, 10, 27 de febrero.

Muñiz Lavalle, Ramón (1935b). *El Extremo Oriente en revolución. Reportaje sobre los problemas políticos, económicos y sociales del Japón, China, Manchukuo, Filipinas y Malaya*. Madrid: Bolaños y Aguilar.

Muñiz Lavalle, Ramón (1936). *Filipinas y la guerra del Pacífico. Reportaje sobre la independencia filipina y el imperialismo asiático de los Estados Unidos*. Madrid: Bolaños y Aguilar.

Ollé, Manuel (2002). *La empresa de China, De la Armada Invencible al Galeón de Manila*. Barcelona: El Acantilado.

Periódicos

Diario ABC. Madrid, 24 de febrero de 1935.

Diario ABC. Madrid, 23 de marzo de 1935.

Diario ABC. Madrid, 14 de marzo de 1935.

La Vanguardia. Barcelona, 14 de abril de 1936.